

de renovación a nuestra disciplina. Un aire que tonifica, pues la imaginación valerosa corre a raudales en cada una de sus páginas, sin excesos, con cautela, pero con decisión.

J.E. Ruiz Doménech

Mario MANCINI. *La Gaia scienza dei Trouatori*, Parma, Pratiche Editrice, 1984, 155 pp.

Persuadido de que Mario Mancini está en el umbral de conseguir una novedosa lectura del fenómeno literario que conocemos como movimiento trovadóresco, me voy a permitir señalar algunos puntos importantes de esa futura construcción presentes en este breve y a la vez estimulante ensayo publicado en Parma. En realidad, el libro que ahora *comento consta de cuatro trabajos publicados con anterioridad en revistas de difícil localización, y forma en su conjunto un modo de acceder al problema del arduo y engañoso mundo de la lirica provenzal a partir de una revisión metodológica e historiográfica de la actual situación existencial —social, cultural, ideológica y política— del medievalista.*

Formado en Alemania con Erich Köhler, los presupuestos básicos, fundamentales, de inspiración marxista, se van lentamente saturando de otros elementos teóricos más vivificantes, más llenos de rigor para el estudio de la literatura medieval; más acordes, en definitiva, con lo que pudo haber sido esa agitación «subversiva» de la lirica del sur de Francia. Es natural que en la revisión parta de comprender los caminos de un pensamiento que conscientemente se asentó en una crítica a la «Crítica» de Kant. Primero Stendhal, en 1822; luego Nietzsche; más tarde, Barthes, Lacan e Irigaray (a los que dedica el primer capítulo, pp. 9-33). La cuestión permite relanzar el problema y situar el fenómeno del amor cortés (de la *fin amor*, para ser más exactos) ligado a la presencia nueva y compleja, por lo ambigua, de la mujer: «Dall'XI al XII secolo. La donna cambia il suo stato, oppure il processo di innalzamento e adorazione vuole solo occultare o placare —esaltare la vittima per cancellare il senso di colpa— l'inferiorità reale e sociale della donna, dato ineliminato e ineliminabile in una società feudale e virile?» (p. 15). Este era en verdad el buen camino. ¿Qué oculta en realidad ese deseo (lo que en el siglo XII se llamaba amor, como ha demostrado Georges Duby en la conferencia en The Zaharoff Lecture) hacia la mujer? El Seminario XX de Lacan da entrada triunfalmente, dice Mancini, al tema de la *dama*, de la mujer en

definitiva: cuestión entre la psicología y la metáfora poética. ¿Es imposible la relación sexual en el siglo XII? ¿Es la *fin'amor* su metáfora? ¿Pero imposibilidad para quiénes? ¿Es cierta la tesis de Christiane Marchello-Nizia de que el «enigma» está en que oculta una relación de homofilia?

Existe un testimonio eficaz, el primero, el de Guilhem de Peitieu, que Mancini califica de «esprit fort» (pp. 59-76). Se trata de comprender lo que dijeron sus coetáneos de este inmenso trovador (cuya realidad algunos autores —como Dragonetti— dudan en la actualidad). Mancini ve en Guillermo de Malmesbury un buen punto de referencia. La tensión suscitada por las poesías de este duque IX de Aquitania es prueba de la subversión que llevaba en su seno. ¿Contra qué, contra quién? Libertinaje del espíritu, este individuo es *fatuus et lubricus*, se desliza a lo prohibido. Rompe con las normas de la memoria ancestral, interrumpe el equilibrio entre el linaje y el texto etimológico (como supone Robert Howard Bloch) para favorecer otro tipo de relación basada en el deseo, en el ansia de libertad, de ejecución ajena a las leyes del parentesco. ¿También forja una «ética del placer», un «souci de soi», como diría el último Michel Foucault? ¿Cuál es la naturaleza del *shock* y de la provocación de este trovador? (dice Mancini, pp. 73 y ss.): he aquí la razón de ser calificado como *esprit fort*. Un boceto inquietante: este príncipe de Aquitania después de haber subvertido las reglas del lenguaje, las del sistema de parentesco, la de la memoria de su linaje, quiere, ansia retornar. Para eso busca a la mujer. Pero, «Chi è la donna per lui?» se interroga Mancini. ¿Cómo se liga a la particular *Stimmung* del conde?

Las cuestiones siguen, otro importante testimonio, el que más sin duda: Bernart de Ventadorn (Mancini le dedica el capítulo segundo pp. 33-58). Es preciso situarlo. Las cosas hacia 1155 eran muy diferentes en la sociedad feudal. El empuje monárquico parecía imparable. El amor como tema se consolida: el itinerario poético de este trovador lo pone de manifiesto. Pero ¿qué cosa es lo específico de este poeta? Mancini relanza la cuestión a partir de las nuevas consideraciones de la *theorie formelle* (la línea Guiette-Dragonetti-Zumthor). Pero la realidad social está detrás de todo eso: *servir y someterse a la donna* son dos principios que se ligan a una cierta situación de la aristocracia de la época: jóvenes, *soudadiers, pauvres cavaliers*: errancia y servicio de amor, deseo de alcanzar a través de él un bien, un honor. Una elaboración ¿ideológica? de esta realidad para ligarla a un denso programa de reafirmación y movilidad social. La época facilitó que Bernart de Ventadorn se hiciese eco de tales exigencias y les diese una formulación definitiva: «Bernart, invece, se è corretta la mia decifrazione delle modalità dei sui registri (dice Mancini, p. 51), rappresenta in modo inequivocabile le divisioni su cui si fonda la precaria intesa comportamentale tra aristocrazia e cavalieri e fissa in una delle sue prime, emblematiche figure la separazione della sfera pubblica e di quella privata».

El romanista desciende al final una vez más a las fuentes de la revisión: el cuarto y último capítulo de este estimulante libro se dedica a la «gaia scienza: da Stendhal a Nietzsche» (pp. 77-136). Era prácticamente obligatorio que Mancini se decidiera a revisar el legado historiográfico del siglo pasado sobre esa eclosión poética del sur de Francia en el siglo XII. Las reflexiones de estos autores, llenas de interés para el medievalista, han quedado hasta hace escasos años, sometidas a un peligroso olvido. Mancini revaloriza esta vía para comprender algunos aspectos oscuros de esta poesía que es objeto de su interés. Ve enormes conexiones entre estos autores y ciertas interpretaciones modernas. Conviene en detectar el fondo creativo en claras evidencias en el *De l'amour* de Stendhal, en especial sus comentarios a la obra de Andrés el Capellán. Luego, ya se sabe, la vía extraña de penetración de estas ideas (a través de Denis de Rougemont, y no del medievalismo ortodoxo). La influencia en la cobertura imaginaria de Wagner y lo que le siguió, pues, dice Mario Mancini «la lettura stendhaliana della civiltà provenzale rivela un'eccezionale capacità di suggestione non solo in sé, come un bel sogno critico, come una fantasia di bonheur, ma anche e soprattutto se la riportiamo ai testi. Tutta una serie di luoghi troubadorici diventano come più luminosi» (p. 102).

Pero es que, entre sus múltiples influencias, logró fascinar al aura poética, y algo más, del propio Nietzsche, que en 1886, en *Más allá del bien y del Mal* intenta contrarrestar la fuerza wagneriana y se estimula por los aires del sur, cae en el hechizo del mediterráneo, en su sensualidad que lee en Stendhal y oye en Bizet. La salida al pancromatismo y a la perplexidad estaba a punto. Luego el sur aparece abusivamente como es: y tras el azul está el gris, tras el espíritu libre la imposibilidad de retorno, tras la cercanía al saber, la simple locura. Soledad que incitó a principios del siglo XII a subvertir el orden social, lingüístico, poético, para forjar una nueva dimensión del tema del amor y del papel de la mujer. Vuelta a comenzar. El libro no termina, se interrumpe. El placer de alcanzar una comprensión de lo que realmente pasó: por qué y cómo pasó, deberá esperar a que estas primeras reflexiones trasciendan el campo de la intuición, se asienten, se solidifiquen y hagan posible una elaboración coherente del suceso en cuestión.

¿Podrá hacerse en el Sur? Mario Mancini, desde Bologna lanza un reto, en primer lugar sobre sí mismo, y quizás también sobre los demás historiadores que respiramos esa misma atmósfera... genuinamente provincial. En caso de no poder, lo que sospecho en este septiembre de 1984, siempre queda el testimonio y la vivencia de Nerval. La posibilidad de volver a encontrar a *Aurelia*. ¿Dónde?

J.E. Ruiz Doménech